

EN ELOGIO DE CALABOZO Y PANCHO LAZO

Por J. A. DE ARMAS CHITTY

Calabozo, ciudad matriz como las antiguas comunidades griegas; ductora en religión, pues se llamó en su origen y en forma exclusiva, Pueblo de Todos los Santos; con sus Misiones de Los Angeles y la Trinidad, en lenguas del pueblo, Misión de Arriba y Misión de Abajo; Calabozo, trinchera, cuartel y patíbulo en la guerra de Emancipación; sabia en política, en humanismo, en jurisprudencia; la del ánimo estudiantil en flor rebelde; la que puede decirle a Homero que no pasará infeliz a la historia porque dio a un poeta; Calabozo, la de *Silva Criolla*, esa especie de Biblia que se recita en Venezuela desde la infancia; Calabozo, en las personas de Mercedes Loreto de Luna, Gustavo Urdaneta, Blas Loreto, Martín Leonardo Funes y de Antonio José Parra; es decir, la belleza, el poeta, el escultor y el ingeniero, profesores del buen sentir y el buen decir, viene hoy a rendirme un homenaje excesivo. A través de ellos, la ciudad agradece que haya escrito un poema sobre Francisco Lazo Martí. Observé una vez que sólo se habla de la poesía de Pancho Lazo y no de su vida, de su angustia social y filosófica, de su circunstancia, como si se quisiera marginar ese pomo de nobles esencias que fue su presencia terrena. Quise dejar en tal poema el perfil de un hombre que fue virtud, razón y música, y Calabozo, hidalga, lleva ahora lejos su gesto al grabar el poema en el bronce, consciente de que sólo el bronce puede resistir al tiempo. Yo no tengo más que espíritu para corresponderle.

Hoy colma Calabozo los cántaros sedientos; llena de palmeras la tierra desnuda; prende cocuyos por si el aguaitacaminos no precisa el sendero; hincha de gracia el paisaje para que los garceros alcen interrogantes blancos y rojos y el espinito inunde la tierra de pequeñas hostias y crezca el diálogo del sangredrigo con el corocoro; del invierno con la hormiga; del ánimo sola con el viento. Por Pancho Lazo, desde el paraíso de El Tapiz, adquieren ciudadanía literaria el orozul y el uvero; la mazamaza y el merey; el curujujul y la parcha y el pajonal ardiendo da una lección moral cuando el poeta dice:

*Y por la faz siniestra de la noche
y bajo el cielo trémulo y sin nube.
en ondas mueve su plumón, y sube
y la esperanza lleva,
el humo, la plegaria del trabajo:
el holocausto de la roza nueva.*

El poeta recuerda a la juventud, como un deber, “los juveniles bríos” con que debe luchar contra la discordia y el odio, el torpe odio doméstico:

*por estos seres buenos y sencillos;
por este pueblo amado
que vive, noble víctima, entregado
a la ciega ambición de los caudillos.*

Lazo Martí, entre muy pocos, tuvo un secreto para llegar al alma popular siendo un purista; consideró innecesario utilizar un tono acorde a aquella tendencia. Su endecasílabo es culto, llano y hondo. En él lo descriptivo no margina el caudal lírico ni pone vallas a la síntesis. De aquí su clave y su enigma.

En otro aspecto, filosóficamente vivió en su hora y por eso pudo preguntarse:

¿qué habrá tras de la noche de la tumba?

Y poco después:

*vive junto al dolor desesperado
un cordero dormido: la creencia.*

A fines del siglo XIX, exprimiendo aromas clásicos y recordando al inmenso Antonio Machado, su contemporáneo, dijo:

*La vieja catedral, la brava ortiga
del muro abierto y de los techos rojos;
el duro banco de la escuela amiga,
¿Cuándo a mirarlos volverán mis ojos?*

Lazo Martí es el poeta que renueva una tradición: viene directamente de la naturaleza y deja una lección severa cuando censura a la guerra y al vicio y hace un llamado al hombre de la ciudad y la montaña para que abandone sus cumbres y se avvicine en la llanura. Transido de su fe pudo decir:

*Guárdate de las cumbres...
colosales, enhiestas y sombrías
las montañas serán eternamente
la brumosa pantalla de tus días.
Deja para otras gentes
el gozo de mirar picos abruptos,
y queden para ti las alegrías
de ver, al despertar, alba naciente,
y de abrazar con sólo una mirada
del Sur al Septentrión, y del Ocaso
la línea el ancho lote, siempre al raso
de la tierra natal.*

*¡Ah de las cumbres
bajo la nieve a entumecer las almas;
las almas que han soñado en el desierto
a la rebelde sombra de las palmas
y bajo el cielo azul, claro y abierto.*

Coincide el rechazo de Lazo Martí por la ciudad, con lo que Rousseau había expresado en el siglo XVIII:

Los hombres no han sido creados para vivir amontonados en hormigueros, sino esparcidos sobre la tierra que deben cultivar... Las ciudades son el precipicio de la especie humana...

Sarmiento, el gran educador, escritor y estadista del Sur, también sintió la inquietud del hijo de la llanura ante la ciudad, cuando se pregunta:

¿Cómo ponerle rienda al vuelo de la fantasía del habitante de una llanura sin límites, dando frente a un río sin ribera opuesta... pueblo nuevo, improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande... El gaucho argentino, aunque de instintos comunes a los pastores, es eminentemente provincial... Todas sus aspiraciones las encierra en su provincia; las demás son enemigas o extrañas.

La invitación de Lazo Martí para que el hombre retorne o se radique en el llano, abandonando a la ciudad, viene de la más pura filosofía y del más simple y noble ejercicio de vida libre: respirar este aire limpio, esta frescura nocturna, esta libertad de palmera y chusmita, esta luz de galope y de surco.

Lazo Martí pudo censurar a la guerra porque tenía experiencias amargas en la revuelta que llamaron Legalista, donde la ley sólo tuvo el rumbo que señaló la lanza del caudillo triunfante; una cruzada bélica que sólo le dejó pesimismo. Como poeta y hombre ajeno a camarillas, creyó en la moral de las proclamas, olvidando que las proclamas no tienen moral. Creyó en la palabra de un caudillo que adelantó una vocación liberal pero uncida a la fuerza y a su propio interés. El poeta pensó que con la cruzada legalista había llegado para Venezuela el momento en que los hombres del poder sintiesen respeto y amor por este pueblo; en que el país político no fuese parcela de los menos; en que la administración pública no pareciese botín de guerra sino premio al esfuerzo del más honrado; en que el jefe que triunfase fuese magistrado y no amo del hato; en que sobre eso que aún se llama patria no se alzase un oscuro trapo anónimo, sino una bandera que aprendió el color de todos los paisajes desde que un hombre que alumbró llanos y cordilleras con un libro y una espada en las manos, le dio razón, contenido, expresión y derecho.

De aquí su apartamiento de la contienda, su rechazo a aquella política y su llamado a propiciar una Venezuela que en vez de erizarse de balas se erizase de surcos.

Y cuando el amor esté deshecho porque ha partido para siempre la mujer que le dio aliento, Lazo Martí evoca su recuerdo como un hombre que sabe exponer su dolor ante el mundo:

*Mas de pronto, pensando que fue triste,
pensando con dolor, pensando en ella,
me arrodillo en el polvo del camino
que en hora igual de goce vespertino
recibió las caricias de su huella.*

En 1897, en *Veguera*, frente a una playa fluvial, traza un cuadro criollo, color y realismo en su ya clásico endecasílabo:

*Sobre la greda corren las torcaces;
flota el viento en la húmeda atarraya,
y cae formando láminas fugaces
el humo del hogar sobre la playa.*

Ante la historia, Calabozo ha sabido estar siempre con los pies en la tierra, así no haya perdido el rumbo del cielo. Por allí va la sombra de Fray Salvador de Casabermeja, que erige en este banco a Jesús Nazareno de Calabozo, primer pueblo que desaparece. Luego el religioso caerá bajo las flechas de los guamos a orillas del Portuguesa. Por allí van Fray Salvador de Cádiz y otros misioneros que levantan el 1º de febrero de 1724 al pueblo de N. S. de Candelaria, hoy Calabozo, y otro fraile ejemplar, Marcelino de San Vicente que se constituye en abogado de los naturales, porque no debe olvidarse que estos llanos y estos ríos fueron pesadilla de los oligarcas de Caracas, de los Blanco Ponte, de los Solórzano, de los Infante, de los Tovar. Ellos apresaron indios, quemaron sus ranchos y remitieron a España, cautivo, a más de un religioso. Ellos no querían el poblamiento porque era un obstáculo a la explotación calculada que dirigían con la complicidad de ciertos gobernadores.

Si Carlos del Pozo halla ambiente en Calabozo para los experimentos científicos que asombrarán al Barón de Humboldt, Cortés de Madariaga, cuando regresa de Bogotá adonde le enviara la Suprema Junta de Caracas; Cortés de Madariaga, navegando Guárico arriba, encuentra en esta ciudad, en la hora convulsa de 1810, una acogida memorable. Y 25 días después que el Congreso decreta la Independencia absoluta, el Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento, que lo eran Juan Vicente Delgado, Miguel Antonio Mirabal, Juan Manuel Bermúdez, José Antonio Hurtado, Pedro Antonio Camacho y José Revenga, proclamó "la soberana y absoluta independencia de las Provincias de Venezuela libres y exentas de toda sumisión y dependencia de la monarquía española".

Y cuando llegue la hora de enfrentarse a la terquedad realista, los hijos de Calabozo serán los primeros que intenten eliminar a Bovés, yendo a patíbulos y a cárceles; serán los primeros que inmola el feroz caudillo asturiano. En estas calles corrió siempre sangre republicana, pues Bovés, al primero que alancea en esta plaza,

fue al justicia mayor Juan Vicente Delgado, el hombre del Cabildo de 1811, que no quiso cumplir la sentencia de muerte a que condenara a Boves el doctor José Ignacio Briceño, comisionado para tramitar los delitos contra la paz de la República. Así era Boves: ultimó a lanzazos, en plena calle, al hombre que le perdonó la vida.

Calabozo es teatro de uno de los más reñidos encuentros de aquella hora: aquí sorprende el Libertador, el 12 de febrero de 1818, al general Pablo Morillo, que era dueño del Llano. En el asalto murieron más de cuatrocientos soldados realistas. Iribarren, encargado de vigilar a Morillo, pues Bolívar se hallaba en El Rastro, no tuvo el celo debido y Morillo abandonó por madrugada la ciudad, vía de El Sombrero.

¿Formó parte la actitud de Iribarren, de los actos irrespetuosos de Páez hacia Bolívar?

A Calabozo entró el Libertador tras la noche siniestra del Rincón de los Toros, donde fue el blanco perseguido por Renovales en sus cerradas descargas. Iba sin chaqueta, que lanzó al galope para que no lo distinguieran en la lucha, sobre el caballo del jefe enemigo, del coronel Rafael López, ultimado de un balazo en la contienda.

El mejor homenaje que pueda rendirse a la memoria de Pancho Lazo, es que en cada 14 de marzo, un poeta presente una obra revolucionaria, innovadora, cabal. Aplaudo y admiro todas las inquietudes literarias, pero que se hagan en nombre de la poesía, en eso que es deslumbramiento porque parece abrirnos un postigo del alma. Que los poetas imiten al pájaro, al manantial o al lirio y que no se olviden de la tierra. Venezuela ha sido siempre tierra de privilegio para la poesía, mas en los últimos tiempos, ésta ha menguado. Sensible es que ciudades que han dado magníficos poetas, hoy parece que los ignoran. Hace ochenta años, el aislamiento obligó a los pueblos a reencontrarse, a dar lo mejor de sí y la prensa recogía la expresión poética, se editaban libros y se celebraban veladas literarias, vistas en la actualidad como cursis. Hoy, los pueblos se comunican mejor, en ciertas regiones, puede decirse que no existe aislamiento, hay más prensa, más facilidades y la producción poética es mínima. ¿Habrà influido en este descenso espiritual, junto a la vida fácil, la presencia de una sociedad con drogas que en vez de una lira dispone de un tabulador para los sueños? Se ha dicho por un sector que la acción del petróleo es adversa y no faltan razones para apreciarlo así, pensando que en la Venezuela de antes del petróleo, todo el mundo trabajaba, se producía, tintineaban las morocotas en cualquier bolsillo y no existía esa corrupción que oprime y agobia. Pero se piensa que el petróleo es riqueza. Lo que ha ocurrido es que hemos sido administradores rapaces, sólo hemos tenido por catecismo el despilfarro y el fraude y en estos últimos tiempos es corriente mirar cómo ante la impunidad se inclinan jueces, mientras la moral se cubre el rostro como aquellas doncellas de la Selva Negra de que nos hablara Juan Vicente González.

Hay que apartar el desaliento. Hay que vigilar para que los niños de las escuelas empiecen a deletrear la palabra honradez. Hay que explicarle a todos los

niños de esta Venezuela en crisis, cómo ha sido el calvario de la palabra honradez. Evoquemos los manes de calabocños que han sido ilustres principalmente porque supieron ser honestos: a Juan Germán Roscio, el hombre del Acta preclara, Diputado por Calabozo al primer Congreso, peregrino de cárceles, el filósofo de la revolución a quien Bolívar llamara Catón prematuro en una república donde no hay leyes ni costumbres romanas; a Gil Parparcén, el mártir adolescente, rebelde en Espino contra Boves, autor de un corrío trunco y que muriera cautivo en el Castillo de Puerto Cabello; a los Llamozas, una dinastía ejemplar, desde Julián que traza el perfil exacto de Boves en el marco terrible de la Guerra a Muerte; desde José Ambrosio, el presbítero que evitó que Boves ultimase a varios pueblos, el mismo que llevó al infeliz Fernando VII una carta memorable que éste no quiso recibir; una carta memorable donde Llamozas denuncia en 1815 la corrupción administrativa; desde José Lorenzo, que lleva la imprenta a Calabozo en 1856 y edita *La Gazeta del Guárico*, tal vez el primer periódico de la región, hasta Paulo Llamozas González, de estos tiempos, el primer veterinario que revoluciona el tratamiento del ganado con baños garrapaticidas y otros métodos modernos y dice a todos, con terquedad de misionero, que mientras no haya alfalfa, no habrá excelente ganadería. Evoquemos la figura de Luis Sanojo, el humanista, tratadista en derecho, predicador de jurisprudencia desde *El Foro*, Canciller de la República que murió pobre y según opinión del Dr. Nicolás Vega Rolando, el primer jurista de Venezuela; a Pedro Bermúdez Cousin, quien ocupa altísimos destinos durante el Septenio, liberal meritorio, Presidente del Estado Carabobo y quien fallece temprano a la edad de 50 años; Daniel Mendoza, poeta, costumbrista que recoge la gracia del pueblo en la hora dura que le tocó vivir; a los Loreto, otra dinastía, desde Félix, el evangelista del aula que tuvo el rostro salpicado de cierta gracia nazarena, hasta Jesús José que hizo con amor la más útil radiografía censal de Calabozo; a Luis Corrales, un comerciante doblado en civilizador que explica la vida económica de algunos pueblos de Europa, dirige un periódico y edita en Calabozo hacia 1880 los primeros folletos que se conocen en el Guárico; a Tomás Domínguez, el profeta que dice a Lazo Martí en 1902 desde *El Cojo Ilustrado*, que su poesía durará mientras dure la lengua en que está escrita; a los Beroes, otra dinastía —y ya van muchas—, desde Manuel Beroes Peralta, autor de *Raso y Damasco*, de 1915; desde Angel Domingo y Agustín, educadores, juristas y escritores, y Pedro, el médico asesinado, hasta Aurelio, donde la cordialidad se remansa, el ingeniero que lleva a cabo el primer puente internacional hacia Colombia y trata de explicar en una obra el fenómeno del relámpago del Catatumbo; a Filiberto Rodríguez, el periodista en quien se repite la prosa tremenda de Juan Vicente González; a Alfonso Espinosa, historiador, economista, dueño de su destino; a Víctor Manuel Rivas, el dramaturgo de *El Puntal* y de *La Zamurada*; el Manuel Montes de su obra *Guardajumo*; el que en *La Cola del Huracán* hace la radiografía de una hora política de Venezuela que le acerca a la *Divina Comedia*; a Luis Barrios Cruz, que en *Respuesta a las piedras* traza un rumbo a la poesía y que en *Cuadrante* deja su más alta gracia lírica. Recordemos a José I. Pineda, que dejó su peladero coriano por el llano del Guárico y se consustancia con esta tierra a través de “El Chaparro”, un magistral soneto. Recordemos al doctor Vicente Viana Camacho. Cuando él y

sus compañeros abandonan a San Juan de los Morros, no era a la Corte Suprema la que trasladaban, era a la Calabozo ideal que tenían sembrada en los tuétanos; a la Calabozo ideal que había sufrido un despojo y ellos querían reparar la injusticia.

Todo esto puede decirse en Calabozo, la ciudad que venera la memoria de su poeta y que sabe dar una lección a los demás pueblos convocando a las gentes a esta fiesta anual de poesía. Mañana podrá decirse a todos, en forma concreta que es lengua de llanura, que aún sigue en pie la esperanza.